

Los nombres de mi ciudad

Per
sept. 10/59

321

por graziella pogolotti

A medida que pasan los años los nombres de las calles de las ciudades se van revistiendo de prestigio. Es el prestigio del tiempo transcurrido, el que le van legando los edificios de interés, los acontecimientos históricos. Es el sabor que dejan por nuestras calles las anécdotas de la pequeña historia y la historia íntima de cada cual. Cada habitante metropolitano se siente ligado, más que a una urbe anónima, al barrio de su infancia, el de sus amigos y sus primeros jugos, el pequeño universo provinciano, escalón indispensable para alcanzar el sentimiento de ciudad.

Y a medida que el recuerdo enriquece nuestra experiencia, el nombre de la calle, apelativo de una dirección primero, lugar geográfico, deja de tener un valor meramente utilitario para evocar otros mundos que no son los de la realidad inmediata. Así, después de haber vivido mucho tiempo en la Peña Pobre, cerca de la loma del Ángel, descubrí que aquel no era solamente el barrio de Cecilia Valdés, sino que el nombre de la calle salía de las novelas de caballería. En la Peña Pobre había cumplido Amadís de Gaula promesa de fidelidad a su amada.

Piénsese en el poder evocador que tienen los nombres de las ciudades de larga historia, como París, por ejemplo. Los alrededores del Louvre conservan la atmósfera melodramática de una San Bartolomé vista por Alejandro Dumas —como pertenecieron a Víctor Hugo las callejas hoy desaparecidas de los alrededores de Nuestra Señora. Por Etienne Marcel podemos seguir los pasos de un André Breton en noche de amor enloquecido y más allá, en el Foubourg Saint Antoine, entre la plaza de la República y la Plaza de la Bastilla nos hallamos en plena Revolución Francesa.

Y en La Habana no tenemos más que decirnos en voz alta los nombres de ciertas calles, las de la Lamparilla, el Empedrado o el Tejadillo; la de Mercaderes, Oficios, Amargura, Inquisidor, para que se nos

encime la evocación de nuestro pasado, hecho no solamente del oprobio colonial, sino también de presencia criolla.

Pero la Habana de intramuros ya tiene sus defensores. A medida que la ciudad creció en importancia, se desechó la costumbre de denominar las calles obedeciendo a meros accidentes exteriores. Toda una nueva zona bien trazada de calles que se cortan perpendicularmente adquirió los colo-

res del mundo moral. La norma dominaba el trazado, como quiso regir las costumbres. Se podía vivir en Perseverancia y Virtudes o en Lealtad y Concordia.

Junto a esa Habana conformista (entre Galiano, Belascoain, Neptuno y San Lázaro) crecía otra, anárquica, vigorosa, desordenada, popular, confusa: Corrales, Dragones, anja, Sitios, Desagüe, Maloja. A medida que los nombres se van haciendo más vagos e imprecisos, surgen anécdotas de tiempos no muy lejanos en que la ciudad invadió el campo, en que los sitieros se hicieron ciudadanos. Perteneció a la historia republicana el momento en que ese *no man's land* se convirtió en tierra de algunos, en presa de especuladores que por unas pesetas adquirieron derechos sobre terrenos que por no pertenecer a nadie, eran de todos. Los chiquillos del barrio, reunidos en las esquinas para huir de la estrechez y el calor de sus viviendas construidas sin gusto y con avaricia, escuchan esas historias de rufianes y nace en ellos la rebeldía. Y más allá, los nombres que parecen invocar la naturaleza: Arbol Seco, Tulipán... El Cerro. La Víbora y su Calzada de Jesús del Monte. Santos Suárez y su apacible patriotismo: Juan Delgado, Loret...

Hay nombres que evocan una historia más reciente. Infanta y San Lázaro, donde cayó Trejo, el lugar hacia donde se han encaminado tantos gru-



pos a la salida de las concentraciones en la escalinata de la Universidad. El lugar que conserva todavía el recuerdo ominoso de tanto frenar de perseguidora, escenario de violencias, rebeldías, luchas y heroísmo.

Me dicen que a esta Habana que se está revistiendo de alegres colores, que opone a la agresión del sol sus frescas fachadas azules, rosadas, amarillas, le van a quitar el rico sabor de los nombres de sus calles. Para evitar confusiones nos darán números. En lugar de pedir una transferencia en Galiano y San Rafael, lo haremos en 85 y 122, ó en 455 y 544. No olvidemos que no siempre lo racional es razonable y que el pueblo, conservador para esas cosas, se desentenderá de los rótulos y seguirá leyendo Reina donde hoy dice Simón Bolívar.

La historia no existe para satisfacción de espíritus conservadores, entretenidos en añorar tiempos idos. La historia es ejemplo. La historia, hecha tradición, forma la conciencia nacional.

